

seda tan costosas, que se vendían en Roma á precio de oro; habia hecho de necesidad este género el lujo que habia ido allí en aumento; deshilaban las mujeres el tejido de la India para hacer uno más ligero, cuya transparencia revelaba sus encantos; según el ejemplo dado por Heliogábalo, hasta los hombres la usaban para sus vestidos.

De consiguiente todos los años pasaba una enorme suma del imperio á Persia para ser trocada por seda, y de buen grado hubieran eludido los emperadores aquel tributo, especialmente cuando se hallaban en guerra con los persas.

Una casualidad les proporcionó el medio de lograrlo. Dos misioneros fueron llevados por su celo al país de los seres, observando allí todas las cosas como no siempre lo hicieron sus semejantes; á prendieron á conocer el insecto industrioso y los procedimientos empleados para utilizar la materia que suministraba. Habiendo sido informado de ello Justiniano, fueron alentados á robar los huevos, y lo consiguieron con la ayuda de una caña en que ocultaron cuantos les fué posible proporcionarse. De aquí han nacido todos esos millares de gusanos de seda que forman en la actualidad una considerable fuente de riquezas en Europa. Así introdujo este emperador en sus estados un género de cultivo que debía tener mayor y más duradero influjo que sus conquistas y sus leyes. Inmediatamente fué plantado el Poloponeso de moreras, á las cuales debió el nombre de Morea. Las fábricas establecidas para trabajar la seda disminuyeron, si no hicieron cesar completamente la necesidad de recurrir al extranjero.

Cuando en el año de 1018 sometieron los venecianos á la isla de Arbo, en las costas de la Dalmacia, la impusieron la obligación de pagarles anualmente algunas libras de seda, ó de no ser así un peso igual de oro puro. Posteriormente se aumentó esta industria cuando Roger de Sicilia trasladó el cultivo de la morera á Italia, donde se inventaron los tornos para hilar, y donde esta especie de fabricacion llegó á ser una de las principales fuentes de la riqueza nacional juntamente con el tejido de las telas de lana.

### CAPITULO III.

Los visigodos.

El nombre de los godos, que expresaba en Italia la destruccion y la barbarie, era repetido en España por sus naturales con cierta especie de complacencia natural, si bien acaeció esto cuando los grandes desastres experimentados bajo la dominacion árabe les hicieron echar de ménos á los conquistadores de la raza germánica. Despues de haber sometido Wala los diversos Estados que se habian formado en España, fundó el reino de los visigodos, cuya capital fué Tolosa. Teodorico, su sucesor, tornó á pasar los Pirineos para reducir nuevamente á obediencia á los alanos, á los suevos, á los vándalos, que habian alzado otra vez la cabeza. Venció en Chalons á Atila, á quien éstos últimos habian llamado en contra suya, si bien perdió la vida en la batalla.

Turismundo, su hijo, fué asesinado al poco tiempo por Teodorico II, su hermano, quien le sucedió en el trono. Este principe se mostró humano y dotado de carácter noble: observador de las prácticas religiosas, según los arrianos, administrando justicia y concediendo fácilmente audiencia, se entregaba asiduamente á las ejercicios corporales; era sóbrio en la comida y afable con sus amigos. Los suevos, que, despues de la partida de los vándalos, se habian establecido en la Galia, aspiraban á la posesion de toda la península, lo cual habia determinado á los emperadores romanos á enviar tropas para contenerlos. En su consecuencia Teodorico declaró la guerra á Rechiaro, su rey, su cuñado, y pasó los Pirineos con los suyos, á quienes se habian incorporado los francos y los borgoñones; pero se habia convenido en que las conquistas que hiciera más allá de los montes le pertenecerian exclusivamente. Entró victorioso en Braga, capital de los suevos, y sin abrumar á los vencidos con la matanza y la deshonra taló el país, hizo dar muerte á Rechiaro, que habia caido prisionero, y luego se adelantó hasta Mérida; aunque procedía en nombre de emperador, sólo pensaba en adquirir para sí propio.

El obispo Sidonio Apolinario, á quien restituyó su patria y su silla, entonó sus alabanzas,

y en una carta que escribía desde Narbona á su cuñado Agrícola, se explica de este modo. «Este principe fué colmado por la voluntad de Dios y por la naturaleza con tantos dones que ni aun la misma envidia podría negarle elogios. Sus cabellos caen sobre su frente como una sabinilla redonda; tiene espesas las cejas, largas las pestañas, la nariz graciosamente aguileña, delgados los labios, pequeña la boca, blancos y muy iguales los dientes; cuida de que le corte el barbero los pelos que nacen dentro de las narices, y de que le afeite su barba hasta las sienas, dejando tan sólo crecer dos mechás. Tiene la tez blanca, sonrosadas las mejillas, ancha espalda, delgado tallo, vigoroso muslo, pierna nerviosa y pié estrecho;» cualidades que, al decir del poeta, debían hacerle pasar por ménos bárbaro á los ojos de los romanos, tan envanecidos con su refinada elegancia. Proseguía en esta forma: «Sale el principe antes de despuntar el día con una comitiva escasa para asistir á las reuniones matinales de sus sacerdotes. Ora en voz baja con mucha exactitud, áun cuando se observe que lo hace más que por religion, por costumbre; ocúpase en administracion el resto del día. El conde escudero permanece detrás de su silla; se hace entrar á guardias vestidos con pieles á fin de que se hallen presentes, si bien para que no sean molestos, se les insinúa que se alejen algo fuera de las cortinas, dentro de las balaustradas, donde charlan cuanto quieren delante de las puertas. Entonces son introducidos los enviados de las naciones, y escucha atentamente; luego responde con brevedad. Si el asunto requiere ser examinado, lo dilata; si exige celeridad, apresura su despacho. Se levanta á la hora segunda, inspecciona sus tesoros y sus caballerizas. Si ha dispuesto una caza, se pone en movimiento; no pareciéndole conveniente que un rey suspenda el arco á su lado, cuando vé un ave ó un bruto tiende la mano detrás de sí, y un paje le presenta su arco con la cuerda colgante, pues le parecería proceder como una mujer recibíéndole totalmente tendido... Pregunta donde quieren que dé el tiro, y á menudo su flecha se engaña ménos que sus ojos.»

Distingúanse sus comidas por lo sencillas; en ellas la conversacion era grave, y allí se reunían á un mismo tiempo «la elocuencia

griega, la abundancia gala, la prontitud italiana, el aparato de una representacion, el esmero de una mesa particular, un órden régio. Despues de comer se duerme, lo cual no dura más que un instante. Llegada la hora del juego coge con presteza los dados, los examina atentamente, los meneas con ligereza, los tira resueltamente, los anuncia con vivacidad, los espera con paciencia. Calla cuando la suerte es propicia, se rie cuando es contraria, no se enoja nunca y toma el azar á lo filósofo. No da muestras de temer ni de exigir un desquite, descuida las ocasiones que se ofrecen, es superior á los contratiempos, pierde sin turbarse, gana sin dar zumba; y de tal modo es vencer su único pensamiento, que cuando juega no parece sino que da una batalla. Deponiendo entonces algo de su gravedad régia, invita á jugar alegremente de igual á igual; teme causar molestia; le complace ver á su adversario conmovido, y al reparar en su tristeza juzga que le ha cedido el triunfo por lisonja. A eso de la hora nona vuelven á empezar las tareas del día y la afluencia de gente de negocios, que no se disipa hasta que se anuncia la hora de la cena; entonces se dirigen á casa de los cortesanos, donde cada cual vela al lado de su señor hasta media noche. Algunas veces por extraordinario son admitidas las futilidades de los mimicos, sin que á pesar de todo pueda ninguno de los convidados ser blanco de sus epigramas. Nada de órganos hidráulicos, ni de cantos estudiados, ni de tocar de cítara, ni de músicos, ni de cantores, porque el soberano no gusta más que de las armonías que recrean el alma tanto como el oido. Cuando se levantan de la mesa, los custodios del tesoro comienzan las veladas nocturnas y permanecen armados á la puerta del palacio durante las horas del primer sueño.»

De esta suerte aspiraba el poeta á acostumbrar á los galos á la dominacion de los visigodos, á lo cual propende muy especialmente aquella alusion á la poca devocion de Teodorico, quien se mostraba arriano por costumbre y no por convencimiento. «Veo en la córte, añadia Sidonio, al sajón de ojos azules respetar las playas de un rey que no tiene naves, si bien no teme las escuadras del mar extenso; el viejo sicambro, rapado despues de su derrota, deja de nuevo crecer su cabellera; el hérulo,

de mejillas verduzcas como el Océano, cuyos más distantes golfos habita, se pasea á sus anchuras; el borgoñon, alto de siete piés, dobla la rodilla é implora la paz.» A mayor abundamiento, si hemos de darle crédito, ni aun el rey de Persia dejaba de consultar al héroe de Occidente.

Teodorico mandó hacer la primera coleccion de las costumbres de los visigodos; pero así como habia adquirido el reino á consecuencia de un fratricidio, lo perdió por la mano de su hermano Eurico.

Este príncipe, que fué el más poderoso de los reyes visigodos, ensanchó sus estados al tiempo de la disolucion del imperio de Occidente. Despues de haber empujado á los ostrogodos contra Bizancio, acometió la empresa de avasallar cuanto territorio habia poseido Roma en la Galia y en la España. Ninguna resistencia le opusieron las provincias situadas al Mediodía del Loira y al Oeste del Ródano, á excepcion de la Auvernia, que á las órdenes de Ecdicio, hijo del emperador Avito, se defendió hasta el instante en que se la hizo ceder por Julio Nepote. Cuando posteriormente hubo derrocado Odoacro el imperio, traspuso los Pirineos, y con el auxilio del ostrogodo Widimero, sometió toda la Peninsula, á excepcion de la Galicia. Otro tanto hizo con la Provenza, que aún permanecia fiel al imperio. Por consejo, ó de orden de Odoacro, ejerció el Senado romano un estéril acto de autoridad, confirmando á Eurico la posesion de todo lo que habia conquistado desde los Alpes hasta el Ródano y el Océano.

Entre tanto Eurico perseguia violentamente al clero católico, á quien temia mucho. Hizo dar muerte á gran número de obispos dejando vacantes sus sillas. En consecuencia de todo se envenenaban más y más los odios ordinarios de vencedores á vencidos, y esto oponia un grande obstáculo á la formacion de un poderoso reino.

Habiendo muerto este príncipe despues de diez y nueve años de su reinado, tuvo por sucesor al trono de Gotia á Alarico II, cuya fuerza no igualaba su bondad. Puso término á las persecuciones contra los católicos, y permitió que los obispos tornaran á ocupar sus sillas y á reunir sínodos. Una comision, reunida en

Adura, recibió por su mandato el encargo de elegir aquellas leyes romanas que pudieran acomodarse á las costumbres de los visigodos, y de formar con ellas un código para sus súbditos, los galos-romanos. En seguida hizo sancionar aquella compilacion en una asamblea de la nobleza y de los principales miembros del clero.

Alarico no supo oponer al formidable poder de Clovis más que su condescendencia á la voluntad del orgulloso franco, condescendencia llevada hasta el extremo de entregarle el conde romano Siagrius, que se habia refugiado á su lado; pero faltando á la lealtad se hizo blanco del menosprecio, y ya se aprestaba Clovis á declararle guerra, cuando Teodorico, rey de Italia, su suegro, interpuso su mediacion.

Como se apercebíó de que el clero de sus estados mantenía relaciones secretas con el franco convertido, empezó la persecucion nuevamente. Fomentáronse los odios en atencion á que el pueblo seguia siempre el partido de los obispos expulsados; y Clovis fué llamado á fin de que libertara al país de los herejes y de los tiranos. En su consecuencia se puso en marcha contra Alarico y le arrebató el trono y la vida en la batalla de Vouillé, cerca de Poitiers. Muy en breve se vieron repelidos por todas partes los visigodos. Gesalico, hijo natural del mismo monarca, que se habia apropiado su herencia con perjuicio de Amalarico, su sucesor legítimo, aunque de edad de cinco años solamente, se retiró al otro lado de los Pirineos, quizá de acuerdo con Clovis. De resultas nada hubiera quedado á los godos más acá de los montes, si Teodorico, rey de Italia, no hubiera enviado á Ibbas con un ejército para sostener la autoridad de su nieto contra los invasores y contra el usurpador. Este general venció bajo los muros de Arles al hijo de Clovis y al rey de los borgoñones, los cuales continuaban la guerra, y avasalló á todo el país, exceptuando únicamente á Tolosa, desde el Ródano hasta los Pirineos. En seguida traspasó estos montes, y restableció en todas partes la autoridad de Amalarico. Gensalico buscó su salvacion en Africa, en el país de los vándalos despues de haber sido vencido bajo los muros de Barcelona.

Entonces Teodorico de Italia, aún reinando en nombre de su sobrino, fué el verdadero rey

de España, reuniendo de esta suerte bajo una misma dominacion á los visogodos y á los ostrogodos. Pero tan luego como terminó su existencia volvió el Ródano á señalar el limite entre ellos, y Amalarico se encontró á la cabeza de los primeros á la edad de veinticuatro años. Solicitó de Clovis su alianza juntamente con la mano de su hija Clotilde; mas como aquella doncella permanecia firmemente adicta á la fé católica, la maltrataba con brutalidad su esposo, que era arriano. Para informar á su hermano Childeberto de la infeliz suerte que la habia cabido, le envió un lienzo empapado en su sangre.

Inmediatamente el rey de Paris condujo un ejército sobre Narbona, venció y quitó la vida á Amalarico, y llevó en su compañía á su hermana despues de haber talado la Septimania.

Hallándose extinguida á consecuencia de la muerte de este príncipe la raza de los Amalos, vino á ser completamente electiva la monarquía de los godos. Teudis, que nada habia descuidado mientras era tutor de Amalarico, para crearse, con una habilidad igual á su ambicion, numerosos parciales, sin que tampoco fuera quizá ajeno á su muerte, se aprovechó de ella para sucederle en el trono. Pródigo de privilegios respecto de los magnates godos, protegió la religion católica. Transfirió su residencia desde Narbona á Barcelona, y tuvo que sostener tanto aquende como allende el Pirineo la guerra contra los francos, quienes hasta llegaron á poner asedio delante de Zaragoza, si bien fueron repelidos. Cuando los griegos inquietaron á los ostrogodos de Italia, atravesó el Estrecho á fin de operar una diversion atacando á Ceuta, que prestaba obediencia al emperador Bizancio; pero fué vencido en una salida que hicieran aquellos moradores, y asesinado á su regreso á España.

Teodegisilo mereció por su bravura ser elegido para sustituirle, aunque su violencia y sus desórdenes le arrastraron á perecer bajo el puñal despues de diez y siete meses de reinado. Sucedióle Agila por poco tiempo. No sabiendo doblegarse á la obediencia los señores, cuyo orgullo habia ido en aumento, pusieron á su cabeza á Atanagildo, quien atacó á su rey, secundándole Justiniano, y los mismos partidarios de

Agila le dieron muerte con el objeto de que la guerra civil terminara.

Reconocido por todos como rey Atanagildo, pagó á bien caro precio el socorro que le habian prestado los griegos, pues se vió obligado á cederles muchas fortalezas y ciudades marítimas, desde donde inquietaron á sus sucesores por espacio de ochenta años.

En virtud de no haber podido á su muerte ponerse de acuerdo los grandes, la Septimania fué atribuida á Liuva, y la España á su hermano Leovigildo; estos dos príncipes vivieron en buena y cordial inteligencia. A la muerte de Leovigildo obtuvo su hermano todo el reino. Hizo con buen éxito la guerra á los bizantinos, á quienes arrojó de Córdoba, y les estrechó dentro de algunas plazas junto á la costa. A fin de poner un término á los disturbios, renacientes de continuo, limitó la autoridad de los señores. Rodeándose con régio aparato, no se dejó ver más que sentado sobre el trono y revestido con la púrpura, é introdujo un ceremonial en su corte. Tan económico como denodado, se dedicó y arreglar la Hacienda, en que sólo habia encontrado confusion, y se ocupó en aplicar remedio á las principales faltas del gobierno godo. Restablecióse la disciplina en el ejército, lo cual le permitió domeñar á los cántabros y á los demas montañeses.

De esta suerte hubiera podido aumentar su autoridad y su pujanza si no hubiera dado por sí mismo origen á funestas divisiones. De su primera esposa Teodosia, hija de Severiano, gobernador de Cartagena, habia tenido á Hermenegildo y á Recaredo, á quienes su piadosa madre habia preparado á la fé ortodoxa. Ingunda, hija de la reina Brunealta y esposa del primojénito, mostrándose fiel á la verdadera creencia, incurrió en el odio de Gosvinda, segunda mujer del rey, arriana ferviente, la cual la maltrataba hasta el punto de cogerla por los cabellos, de pegarla y de tirarla desnuda dentro de un vivero. Leovigildo creyó que podria poner dique á aquellas disensiones domésticas señalando la ciudad de Sevilla por residencia á su hijo; pero arrastrado éste por el ejemplo de su esposa y tambien por los consejos del obispo Leandro, abrazó la religion de su madre; no viendo entonces probabilidad ninguna de reconciliacion con el autor de sus dias, llamó á la

rebelión á los católicos del país, celebró alianza con los suevos, los griegos, los vascos, los francos, y cuantos enemigos tenía el Estado.

Su padre ganó á los griegos á costa de dinero, lo cual le valió la victoria, y se apoderó por traición de Córdoba, último asilo del rebelde, quien, habiéndose refugiado dentro de una iglesia, salió de allí bajo la promesa de que se le perdonaría. Fué confinado á Valencia, mas, ora se hiciera realmente culpable de nuevas tentativas sediciosas, ora quisiera su padre obligarle á las creencias arrianas, y se negará á ello, fué decapitado en Tarragona. La constancia con que rehusó entrar en comunicaciones con los arrianos le valió los títulos de mártir y de santo. Ingunda, á quien hicieron embarcar los griegos para proporcionarla un asilo en Constantinopla, murió en la travesía.

Entonces Leovigildo pensó en castigar á los que habian favorecido la rebelión de su hijo. Habia quedado independiente de los visigodos el reino que los suevos habian fundado en la Galia, y se extendia sobre una parte de la Lusitania; si Teodorico II habia conseguido sujetarlo un momento, fué restaurado por Remismando, quien introdujo allí la creencia arriana. Ignóranse los acontecimientos que se consumaron en aquel punto en el curso de ochenta años; pero hácia mediados del siglo siguiente vemos aparecer á Cariarico, quien lo redujo á la fé católica nuevamente. Dicese que tenía un hijo enfermo y que ya desesperaba de la ciencia humana. Como preguntára un día «¿De qué religion era aquel Martin que ha hecho tantos milagaos en la Galia?» Se le dió por respuesta: «Era un obispo que enseñaba á su rebaño como el Padre es igual al Hijo y al Espíritu Santo.»— «Y bien, añadió el rey, visitad su sepulcro y deponed allí muchos presentes, y, si mi hijo sana, creeré como él creia.»

En su consecuencia envió á Tours tanto oro como pesaba su hijo; mas no experimentando por esto el enfermo alguna mejoría, mandó el rey edificar una iglesia, y envió á pedir algunas reliquias del santo. Como no se daban otras que pedazos de tela depositados y dejados durante cierto tiempo en su sepulcro, los enviados pusieron allí un pedazo de seda, y rogaron al santo que en señal de su intercesion hiciera que lo encontraran más pesado. Aconteció lo

que pedian al dia siguiente, y cada vez más convencidos entonces, llevaron consigo la reliquia venerada. Recuperó completamente la salud el hijo, y volvió el padre á la verdadera fé del mismo modo que su pueblo.

A esta conversion contribuyó muy especialmente otro San Martin, llegado de Pannonia, quien habia hecho la peregrinacion á Tierra Santa, fundando el célebre convento de Duma cerca de Braga. Despues fué en un todo extirpado el arrianismo en el reino de los suevos por Teodomiro, sucesor de Cariarico, cuando reunió el clero en el concilio de Braga, hizo públicamente profesion de ortodoxia.

Desde entonces fué más fácil la fusion de los suevos con los primitivos habitantes; pero no tardó en estallar una guerra civil entre ellos, por haber destronado Andeca á Eurico, su primo, hijo y sucesor de Miro. Leovigildo se aprovechó de esta ocasion para castigarlos á causa de la asistencia que habian prestado á su hijo; invadió y puso fin al reino de los suevos, que habia durado ciento ochenta años.

Asimismo declaró la guerra á los escaldu-nacos, á quienes llamanos nosotros vascos ó gascones, raza cántabra, cuya energía no habian podido dominar aún los romanos ni los bárbaros. Venciólos y destruyó á Vitoria. Muchos de ellos resolvieron entonces abandonar una patria, donde no podian vivir libres, y pasando los Pirineos, buscaron un asilo en la Aquitania, donde los hijos de Childeberto les permitieron establecerse, señalándoles el punto del Ampurdan por residencia, bajo la condicion de obedecer al duque de Genial. Este y no otro fué el principio del ducado de Gascuña (602).

Queriendo vengar Gontran, rey de Borgoña, á su sobrino Hermenegildo, acomete á España por mar y tierra; pero Leovigildo le opone su hijo Recaredo, quien no solamente rechaza al enemigo, sino que penetra en la Galia, y no se detiene hasta que recibe la noticia de la muerte de su padre. Llamado á sucederle en el trono, celebra la paz con los francos. Entonces divulga el rumor de que habiendo abjurado su padre de sus errores en el lecho de muerte, le ha recomendado volver á la verdadera creencia. De órden suya se congrega un concilio compuesto de setenta obispos y magnates, tanto católicos como arrianos, en Tolosa, y allí de-

clara que su creencia es conforme á la de Roma, invitando á sus súbditos á que imiten su conducta. En lugar de las pruebas abstractas, que no convenian á la inteligencia grosera de este pueblo, los argumentos decisivos alegados fueron el consentimiento general, hallándose todo el mundo desengañado del arrianismo, y los milagros que en testimonio de la verdad católica se operaban, tanto sobre el sepulcro de San Martin, como en las fuentes bautismales de Oseta, en la Bética, que se llenaban todos los años espontáneamente en la víspera de Pascua. Fueron arrojados á las llamas los libros arrianos; se enviaron delegados á Gregorio el Grande para tributarle homenaje y á reclamar sus consejos; y en cambio de los donativos preciosos que le llevaron, recibieron del pontífice muchas reliquias, entre las cuales se hallaban un pedazo de la verdadera cruz, algunos cabellos de San Juan Bautista y limaduras de las cadenas de San Pedro.

La conversion de Recaredo, que supo tener á raya á los arrianos descontentos, hizo su nombre querido y casi sagrado para los españoles. Fué el primero entre los reyes de este país que pensó en hacerse coronar solemnemente, lo cual aumentó sobremanera el poder del clero. Los consejos de Leandro, obispo de Sevilla, le pusieron en aptitud de organizar bien la iglesia nacional y de establecer buenas reglas de disciplina eclesiástica con la aprobacion del papa Gregorio. Rechazó una nueva incursion del rey de Borgoña, Gontran, y se entendió con el emperador Mauricio á propósito de las plazas que todavía permanecian en poder de los griegos en el territorio de la Peninsula. Por lo que hace al resto del país, en breve no formaron más que una sola nacion, sin tener más que un rey, una fé, ley, visigodos, suevos, galoromanos, é hispano-romanos.

Pero el esplendor del reino visogodo se eclipsó con Recaredo. Diez y ocho meses despues de que el jóven Liuva II hubiera sido encumbrado al trono, fue aprisionado y muerto por el arriano Viterico, quien todo lo puso por obra á fin de restablecer el arrianismo, si bien fué degollado en un banquete. Gundemaro, su sucesor, cuyo reinado no duró más que dos años, ejerció su valor contra los griegos y los gascones, quienes derramándose por la Vizca-

va, por la Cantabria y la Navarra, comenzaron escursiones por bandas contra la Galia y la España.

Sisebuto, que fué elegido para sustituirle, se hizo ilustre como príncipe, como guerrero, y cosa rarísima en aquella época, como literato. Efectivamente, de sus obras nos quedan una vida de San Dídiero, muchas cartas y sesenta y un exámetros sobre los eclipses de luna, bastante buenos para haber sido atribuidos por un erudito á Varron Atacino. Isidoro de Sevilla, que le dedicó su libro *De natura verum*, le echa en cara haber consagrado demasiada aplicacion al estudio.

En el Norte del país reprimió muchos levantamientos, hizo con éxito la guerra á los griegos, y avasalló á los gascones de la Cantabria. Los judíos, que segun una tradicion, habian sido trasladados á este país en tiempo de Nabucodonosor, aunque más verosimilmente fueron enviados por el emperador Adriano despues de la insurreccion de Barcocebas, se habian multiplicado enormemente en España, cuando Sisebuto, en virtud de un inmoderado celo ordenó que fueran bautizados ó condenados á muerte. Vanamente se opuso el clero á que se usara violencia respecto de ellos, haciendo presente que Dios tolera y se compadece de quien le place; noventa mil de ellos fueron sometidos por fuerza al bautismo.

Recaredo II, su hijo y sucesor, murió despues de algunos meses de reinado y fué reemplazado por Suintila, á quien se puede considerar como el primer rey de toda España. Efectivamente, él fué quien avasalló completamente á los gascones, y expulsó á los griegos de aquella lengua de tierra sobre el Atlántico, designada posteriormente con el nombre de los Algarbes, donde habian sido encerrados por Sisebuto. Envanecido con el triunfo de sus armas, reinó despóticamente, cesó de convocar en Toledo las asambleas de eclesiásticos y de señores, y asoció al trono á su hijo Ricimero, dejando entrever el pensamiento de hacer hereditaria la corona en su familia. Condenados fueron á muerte los grandes que manifestaron su disgusto; pero habiendo reunido el godo Sisenando á los descontentos de la Septimania, pasó los Pirineos, hizo prisioneros á los dos reyes, y una vez justificada la rebelion por la